
De las clases a los populismos y las multitudes: la subjetividad política en las “nuevas” teorías críticas.

Mesa 50: Estado, sujetxs y política en el capitalismo neoliberal: lecturas bajo coyuntura de las teorías críticas contemporáneas

Graciela Inda. IMESC-IDEHESI-CONICET/UNCuyo, gracielainda@hotmail.com

Resumen

Las teorías críticas que adquieren resonancia tras la caída del Muro de Berlín se pronuncian en forma mayoritaria por el abandono de la tesis marxista del papel determinante de la clase obrera en un proceso de transformación anticapitalista. Las apuestas teóricas por la multitud cooperativa y productiva (Hardt y Negri), por el sujeto político como fidelidad a un acontecimiento (Badiou), por el pueblo como articulación hegemónica de demandas heterogéneas (Laclau y Mouffe), por el sujeto político como emergente de una irrupción igualitaria (Rancière) ilustran esa tendencia al abocarse a identificar las nuevas subjetividades o las nuevas las articulaciones múltiples llamadas a ocupar el centro de la escena en las condiciones del capitalismo actual.

Más allá de ese núcleo aglutinante, las teorías alternativas al proyecto marxista arriba mencionadas mantienen entre sí diferencias y discusiones de peso, que lejos de abonar la imagen de una convivencia feliz y pacífica colocan la pregunta por el sujeto de la emancipación en un campo de confrontaciones y puntos de bifurcación.

En concreto, este trabajo se propone 1- identificar cómo se plantea en cada caso la relación (o la ausencia de relación) entre subjetividad política y relaciones económicas; 2- analizar qué formas de actividad y despliegue les son adjudicados como propios a cada sujeto político (la cuestión de la estrategia); 3- entender qué tipo de relación se establece entre práctica política y aparatos de Estado, esto es, si es posible que las fuerzas populares o las luchas de la multitud construyan poder efectivo en el campo del Estado o si están resignadas a quedar entrampadas en su esquema de dominación (el dilema estatismo/anti-estatismo).

Tras esa delimitación de las líneas de combate, las vecindades y las complicidades, hacia el final señalo, entre otras cosas, que tanto la suspensión de la importancia de las relaciones económicas como la falta de reconocimiento de la singularidad de la práctica política comparten la ausencia de una reflexión seria sobre las formas de la relación recíproca entre economía y política.

Palabras claves: teoría marxista – nuevas teorías críticas - pueblo- populismo- multitud

1. Introducción

Una coordenada distintiva de las teorías críticas emergentes de la derrota de los grandes movimientos populares de los sesenta y setenta y que adquieren resonancia tras la caída del Muro de Berlín es la llamada multiplicación de los sujetos de la emancipación. Contrariando la convicción marxista del papel determinante que le corresponde a la clase obrera en un proceso de transformación social, buena parte de la nueva cartografía crítica¹ se aboca a indagar qué subjetividades, qué nuevas articulaciones o qué sujeto/s político/s están llamados a ocupar el centro de la escena en las condiciones del capitalismo actual.

Formadas en el espacio abierto por la crisis de la tradición comunista, campeado por las denuncias contra la insuficiencia teórica del discurso marxista sobre la política y el Estado, y herederas del marxismo occidental y sus derivas, las nuevas teorías críticas se pronuncian en forma mayoritaria por el abandono de la concepción leninista del poder concentrado en el Estado, de la concomitante estrategia de una lucha frontal en una situación de doble poder y también de la fórmula del partido de la clase obrera como aglutinante privilegiado para la transformación histórica.

Las apuestas teóricas por la multitud cooperativa y productiva (Hardt y Negri), por el sujeto político como fidelidad a un acontecimiento (Badiou), por el pueblo como articulación hegemónica de demandas heterogéneas (Laclau y Mouffe), por el sujeto político como

¹ Siguiendo a Keucheyan (2013), pueden incluirse bajo el rótulo de nuevas teorías críticas a las diversas lecturas que ponen en tela de juicio el orden capitalista contemporáneo y se interrogan sobre las condiciones de posibilidad de una práctica política emancipatoria, desmarcándose así de las diferentes visiones celebratorias y neoconservadoras. El siempre problemático término “nuevas” no pretende desconocer que están implicadas en discusiones heredadas y en la reelaboración de teorías previas sino resaltar que pasan a protagonizar los debates teórico-políticos a partir de los noventa.

emergente de una irrupción igualitaria (Rancière) ilustran esa tendencia que busca identificar las nuevas subjetividades o las articulaciones múltiples que vinieron a desplazar la centralidad política de la clase obrera en las condiciones actuales del capitalismo. De esta manera, contra las tesis posmodernas que anuncian el fin de la política y desconfían de los grandes proyectos emancipatorios, se abre paso un rescate del potencial de la práctica política y de sus sujetos que se cuida, no obstante, de realizar una concesión de fondo al llamado sujeto marxista.

Ahora bien, más allá de ese núcleo aglutinante, las teorías alternativas al proyecto marxista arriba mencionadas, todas de gran impacto y resonancia en las últimas décadas, mantienen entre sí diferencias y discusiones de peso. Más aún, bien podría decirse, como se mostrará, que lejos de abonar la imagen de una convivencia feliz y pacífica, la pregunta por el sujeto de la emancipación queda emplazada en un campo balizado por confrontaciones y puntos de bifurcación.

En concreto, tomando como materia prima ese repertorio parcial pero sin duda revelador de algunas de las más impactantes respuestas que suscita la denominada crisis del sujeto en la geografía de las nuevas teorías críticas, este trabajo se propone 1- identificar cómo se plantea en cada caso la relación (o la ausencia de relación) entre subjetividad política y relaciones económicas; 2- analizar qué formas de actividad y despliegue les son adjudicados como propios a cada sujeto político (la cuestión de la estrategia); 3- analizar qué tipo de relación se establece entre práctica política y aparatos de Estado, esto es, si es posible que las fuerzas populares o las luchas de la multitud construyan poder efectivo en el campo del Estado o están resignadas a quedar atrapadas en su esquema de dominación, si es la democracia liberal un terreno propicio para prácticas políticas emancipadoras o se encuentra totalmente al servicio de la acumulación del capital (el dilema estatismo/anti-estatismo).

Lejos de pretender un examen pormenorizado de cada una de las apuestas en juego - empresa ciertamente imposible en esta instancia ya que cada una de ellas conforma un cuerpo teórico multidimensional de gran envergadura y complejidad-, la meta más ambiciosa de esta intervención consiste en delimitar las líneas de combate que se dibujan entre ellas tomando como pivotes las cuatro preocupaciones arriba mencionadas.

Bajo el supuesto de que los textos objeto de análisis funcionan como piezas de una disputa teórico-política por la definición de la práctica política y sus sujetos, el trabajo de lectura se

detiene especialmente en las referencias mutuas, explícitas e implícitas, en las operaciones de demarcación y oposición y en las relaciones de complicidad, sin descuidar las problemáticas que rigen las posiciones adoptadas².

2. El dilema del vínculo práctica política/práctica económica

Enfrentadas al problema, heredado del pensamiento marxista, de la conexión entre relaciones económicas y práctica política, las apuestas teóricas que nos interesan reaccionan desmarcándose de la tesis de la determinación en última instancia por la economía, de la idea de un antagonismo principal entre burguesía y proletariado y de la máxima de la hegemonía de la clase obrera -definida según el criterio del trabajo productivo o generador de plusvalía- respecto de las otras clases o fracciones dominadas en un frente anticapitalista.

Sin embargo, esa reacción no discurre por caminos equivalentes. Mientras que Laclau, Mouffe, Rancière y Badiou abogan fuertemente por la autonomía de la política, Hardt y Negri emplazan directamente la subjetividad política en el mundo de la producción, no sin antes redefinir el concepto marxista de trabajo productivo. Veamos.

Según Laclau y Mouffe (1985/2015), la expansión del campo de los antagonismos y la emergencia de nuevos sujetos políticos provienen de la revolución democrática iniciada en el siglo XVIII y su efecto de desplazamiento del imaginario igualitario a diferentes esferas de la vida social. Muchas de las luchas obreras y socialistas del siglo XIX, subrayan, se construyen discursivamente a partir de las luchas por la libertad política.

La práctica política no expresa intereses de clase dados sino que requiere una operación hegemónica que presente intereses particulares como generales. No existe un conflicto central inherente al proceso de extracción de plusvalía ni hay identidades previas a la práctica política. Para que emerja un antagonismo es necesario, por ejemplo, que los trabajadores desposeídos de todo medio de producción se resistan y denuncien como inequitativa su situación a partir de un discurso exterior a la relación misma. El efecto inestable de una construcción política y no un bloque derivado de la estructura social, no designa un actor dado sino un acto de institución que crea un agente histórico, no apunta

²Esta ponencia resume y subraya algunos de los resultados de dos trabajos ya publicados por quien suscribe, a saber: "De pueblos, multitudes y populismos: sujetos políticos y transformación social en las nuevas teorías críticas" (2019) y "Sujetos políticos y Estado en la geografía de las nuevas teorías críticas" (2018).

a una forma de movilización o a la ideología de un grupo ya constituido sino que se refiere a una forma de constitución del grupo mismo (Laclau, 2004; 2007).

La política, en suma, supone la construcción de identidades colectivas, la creación de un “nosotros” como opuesto a un “ellos”, bajo formas precarias y modificables pues tiene lugar en la dimensión del antagonismo y de la hostilidad (lo político), inherente a las relaciones sociales. Lo político, además, no se localiza en un nivel del orden social ni se encuentra determinado por otro, sino que tiene un carácter fundacional y articulador de las relaciones sociales (Mouffe, 1999; 2011).

Entendida como una lógica antagónica que suspende las divisiones establecidas por el orden policial mediante la irrupción contingente de un discurso igualitario, la política también designa en Rancière un proceso eminentemente discursivo. El pueblo, como sujeto de la política, es un modo de subjetivación que desafía la fijación de los lugares asignados por la estructura social y el Estado, convirtiéndolos en objeto de un litigio y abriendo un espacio donde cualquiera puede contarse (Rancière, 1996).

La política no expresa un sujeto latente, como en el esquema de la multitud, sino que surge cuando aparece un grupo que no había sido tomado en cuenta y busca construir un nosotros abierto a cualquiera, sin importar su pertenencia social. El pueblo no es un grupo económico que toma conciencia de sí mismo. Más aún, no tiene ninguna existencia como parte real de la sociedad con anterioridad a la declaración política mediante la cual se constituye. Las partes no preexisten al conflicto pues éste sólo puede ser nombrado por ellas (Rancière, 1996). La subjetivación política proletaria de principios del siglo XIX, por ejemplo, no designa una clase productiva que encuentra su conciencia a partir de una conducción política partidaria sino más bien una multiplicidad de acontecimientos (discusiones, huelgas, periódicos, panfletos) mediante la cual el obrero se declara potente y reclama su igualdad mediante actos enunciativos (Rancière, 2010).

Badiou (1996) considera que si bien el carácter clasista de nuestra sociedad es el elemento general a partir del cual se coloca la cuestión política, resultando inevitable que todo proceso político adopte posiciones sobre ciertos aspectos de ella, no prefigura caminos políticos ni tampoco señala un sujeto emancipador. La política es irreductible respecto de la infraestructura económica. No puede ser pensada como concentrado de la economía, tal como propone el modelo leninista. No representa al proletariado, la clase o la Nación. No se trata de algo que primero existe y luego puede ser representado. De la misma manera que

para Rousseau el pueblo no preexiste al contrato por el cual se constituye con capacidad política, no se requieren pruebas de la existencia del proletariado como sujeto político, pues existe por sus efectos, por la interrupción que produce en una cadena de representaciones.

La subjetividad política, insiste Badiou, no constituye la interiorización de una objetividad económica de clase. La figura del pasaje de la clase en sí a la clase para sí, que se apoya en una filosofía del reflejo, debe ser abandonada en favor de una concepción de la subjetividad política como práctica que se puede pensar a partir de ella misma y según su propio principio de ordenamiento interno.

La capacidad de convertirse en sujeto político implica el reconocimiento por parte del sujeto (el militante, por ejemplo) de un acontecimiento que es por definición imprevisto y revulsivo de la coacción colectiva existente y del complejo capitalista³. Más aún, el acontecimiento político auténtico exige la experimentación de la hipótesis comunista como única vía contra la despolitización profunda del capitalismo. El sujeto político es portador de un axioma igualitario y de una aspiración de emancipación anticapitalista (Badiou, 1999, Badiou y Gauchet, 2015).

Frente a las posiciones que reivindican el carácter inaugural de la política, Hardt y Negri (2002) a) sostienen que el nuevo proletariado (o multitud), dotado inherentemente de la capacidad de resistir la dominación del capital, emerge de las entrañas mismas del proceso de informatización de la producción capitalista caracterizado, entre otros rasgos, por el lugar central que han pasado a ocupar el conocimiento y la comunicación.

La multitud productiva no se compone únicamente de la clase en la que descansa la producción de la plusvalía sino que abarca todas las formas de trabajo (el trabajo reproductivo femenino, el trabajo agrícola, el trabajo de los desempleados, el trabajo cooperativo etc.), sin que ninguna tenga prioridad política pues todas producen constantemente en todas partes y comparten el mismo potencial de insubordinación (Hardt y Negri, 2004).

En el seno de la producción, la posición hegemónica que antes ejercía la clase obrera industrial respecto de las otras formas de trabajo ha sido desplazada por la primacía de los elementos intelectuales y cognitivos en la definición de la fuerza de trabajo. Si bien en

³ El sujeto fiel y el acontecimiento son igualmente originarios, ninguno puede darse sin el otro, pues el acontecimiento requiere ser nombrado por el sujeto y el sujeto nace a sí mismo en un proceso colectivo capaz de determinar una visión común (Badiou, 1999).

términos cuantitativos el trabajo agrícola sigue siendo dominante y el trabajo industrial no ha declinado, es el trabajo inmaterial, parte minoritaria del trabajo global, el que marca la tendencia a las demás formas de trabajo, pues se informatizan, se organizan en redes y se vuelven comunicativas. Y son estas modalidades de cooperación productiva que pone en marcha el trabajo inmaterial cualitativamente hegemónico las que fundan una nueva manera de resistencia, porque ellas no son creadas por el capitalista como parte de su proyecto de organización del trabajo sino que, cada vez más, resultan de las energías productivas del trabajo mismo (Hardt y Negri, 2002a; 2004).

Si bien destacan en diferentes ocasiones que es preciso pensar el tránsito desde la potencialidad a la conformación de un sujeto político constituyente, no dejan de subrayar que este proceso descansa en la inmanencia de la toma de decisiones dentro de la multitud emergente del mundo de la producción. De la misma manera y con las mismas capacidades con que la multitud produce valores económicos, aducen, puede tomar decisiones políticas (Hardt y Negri, 2009).

3. El dilema de la estrategia

El tránsito entre poder potencial de la multitud y poder efectivo constituye para Hardt y Negri (2004) un proceso que no está nunca garantizado porque depende de la intensidad y la expansión de las diversas luchas microscópicas y parciales. Pueden acumularse y fortalecerse unas a otras hasta alcanzar un umbral de realización acorde a su poder o, por el contrario, pueden quedar encuadradas en los mecanismos de sujeción, división y represión que producen el poder económico y las instituciones estatales.

Que las luchas de aquí y de allá se refuercen unas a otras, que se conecten los reclamos de los nuevos obreros intelectuales, flexibles y móviles, con las resistencias de los obreros de las fábricas, por ejemplo, depende de un proyecto político alternativo a la dominación del imperio. Sólo cuando sus acciones condensan en propuestas políticas de resistencia⁴ puede decirse que la multitud se convierte en un sujeto constituyente (Hardt y Negri, 2002a). Y esa conversión no deriva de un comando organizativo (partido, líder, etc.) ni de una armonía enteramente espontánea sino de las experiencias e interacciones comunes (Hardt y Negri, 2004).

⁴ Mencionan como ejemplos los movimientos antiglobalización, los movimientos por la paz, el movimiento por la desobediencia civil, las acciones por los derechos a la ciudadanía global, a un salario social e ingreso garantizado, a la reapropiación de los medios de producción, al libre acceso al conocimiento, a la información y a la comunicación, entre otros.

Una estrategia de contrapoder implica según Negri (2001a) tres momentos: el de las resistencias ejercidas cotidianamente por diferentes sujetos y en diversos espacios de la vida social; el de la insurrección, que tiene lugar cuando un movimiento de masas hace confluir distintas formas de resistencia en torno de un proyecto político común; y el de la potencia constituyente que organiza positivamente nuevas formas de vida. Si no están conectadas, las resistencias pueden resultar manipuladas y controladas y la insurrección puede naufragar si su incidencia no es masiva y carece de una imaginación constituyente. Sólo si se desarrolla en un dispositivo estratégico puede la tríada resistencia/insurrección/potencia constituyente sortear las operaciones destinadas a abortarla o administrarla a favor del capital y del poder político constituido.

El punto de llegada de ese proceso de contrapoder, según sostienen en diversos escritos y entrevistas los teóricos de la multitud, es un comunismo de nuevo tipo definido como la experimentación de formas de libertad y de participación democrática, como un autogobierno sin necesidad de líderes que gestiona la riqueza común sin recurrir a la propiedad privada.

Si bien Badiou coincide, como vimos, con el programa de Hardt y Negri en la exigencia de una dimensión global de las luchas anticapitalistas, toma distancia al privilegiar el problema de la dirección y organización de las mismas. Los comunistas, como parte de un movimiento general preexistente, tienen la misión –señala– de orientar la dinámica de conjunto y delinear los contornos de las formas políticas posibles que habilita la coyuntura. A partir de un trabajo que apunte a fusionar el aspecto teórico con las acciones locales capaces de encarnar la idea comunista, los comunistas organizados deben ser capaces de conjugar cuatro fuerzas por ahora heterogéneas: la juventud universitaria contestataria, la juventud popular que resiste en diferentes partes del mundo, el proletariado nómada internacional y el proletariado precarizado de todo el mundo (Badiou y Gauchet, 2015).

El movimiento espontáneo no basta. En una revuelta, en una resistencia, hay siempre varias políticas en confusión, hay incluso representantes del adversario. Se necesita de una decisión política sobre la igualdad colectiva articulada con una ruptura con las reglas del poder y con la ideología dominante. La fuerza de la revuelta combinada con la disciplina de la lógica (Badiou, 2003). Se trata de forjar una nueva relación de lo subjetivo y lo objetivo que no se refiera ni al movimiento agitado por la inteligencia de la multitud ni al partido tradicional (Badiou, 2008).

Laclau y Mouffe (1985/2015) no sólo reniegan de la idea de multitud como sujeto descentrado e inmanente sino también de la noción de vanguardia, a la que consideran manipulatoria. A la diversificación de las reivindicaciones democráticas de las luchas de masas, la vanguardia –indican- sólo puede responder con una práctica política autoritaria basada en su identificación con los intereses de la clase obrera definida como clase universal depositaria del saber.

El carácter de las formas de organización política, como los partidos y los sindicatos, debe ser evaluado en cada momento histórico. Si en ciertas coyunturas, pueden conformar aparatos burocráticos que instauran una rígida división entre dirigentes y dirigidos y frenan los movimientos de masas, en otras pueden actuar como instancias de aglutinación de masas dispersas y despolitizadas (Laclau y Mouffe, 1985/2015).

Una estrategia democrática por el poder necesita de una práctica equivalencial entre las diferentes luchas de manera que la defensa de los intereses de los obreros, por ejemplo, no se haga a costa de los derechos de las mujeres, de los inmigrantes, de los consumidores, etc. Requiere asimismo, para dar lugar a la pluralidad y al respeto por la esfera individual, que esta demanda de igualdad sea balanceada con la demanda de libertad. Ni la lógica (imposible) de la completa identidad ni la lógica de la pura diferencia sin referencia a una unidad sino un movimiento democrático con reconocimiento tanto de la multiplicidad como de la necesidad de una articulación política incesante (Laclau y Mouffe, 1985/2015).

Si los sectores marginales con escasa constitución de una voluntad propia y las formas de democracia anárquicas (como los movimientos de indignados o las protestas antiglobalización) no logran cierta traducción institucional, se dispersan sin producir efectos políticos (Laclau, 2008). Para los movimientos populares se trata entonces de “caminar entre precipicios”, pues la excesiva institucionalización lleva a la fosilización de los movimientos mientras que la total falta de articulación lleva a la impotencia política (Laclau, 2009).

Rechazando la idea de una revolución como momento privilegiado y fundante, insisten los teóricos de la democracia radical en que cualquier reflexión sobre un proyecto emancipatorio no puede soslayar que en las democracias liberales la articulación entre igualdad y libertad es siempre contingente y se encuentra abierta a nuevas articulaciones (Mouffe, 2012; Laclau, 2007). Frente al proyecto neoconservador que pone el acento en el mercado y en el individualismo consumista hay que oponer la profundización de la expansión igualitaria iniciada con la revolución francesa. La transformación de las relaciones de producción

capitalista, que está en la base de diversas formas de subordinación, es uno de los momentos de un proyecto de democracia radicaliza, no a la inversa (Laclau y Mouffe, 1985/2015).

En cambio, desde la perspectiva de Badiou, la única vía de acceso a un proceso de transformación social, definido como una interrupción del capitalismo y de sus instituciones, pasa por accionar una política -que puede adoptar declinaciones singulares según la coyuntura- inspirada en los principios igualitarios del comunismo. Es todo o nada: si la hipótesis comunista no es practicable, si no es un objetivo programático de la lucha, entonces no hay acción colectiva que realmente valga la pena.

Desarrollada bajo múltiples variantes históricas, desde revueltas de esclavos hasta acciones de masas, el comunismo no es una utopía ni un programa sino un conjunto de representaciones intelectuales que funciona como el horizonte de cualquier iniciativa, por local y limitada que sea: si una acción política es compatible con ese horizonte, tiende a la emancipación, si se opone, es reaccionaria (Badiou, 2008).

En el ciclo que se inicia a fines de los setenta, marcado por la imposición del Estado capitalo-parlamentario, la hipótesis comunista ya no puede discurrir como un cambio radical insurreccional bajo la dirección de la clase obrera o de las masas. Lo que está en juego ahora, como en el siglo XIX, no es la victoria de dicha hipótesis sino sus condiciones mismas de existencia. De modo que la estrategia consiste en reinstalar la hipótesis comunista en el campo ideológico y militante, vinculando las acciones políticas singulares y locales, de naturaleza imprevista, con las construcciones del pensamiento, siempre globales o universales (Badiou, 2008).

En Rancière, en cambio, no puede hablarse del sujeto político como portador de un programa porque desde su perspectiva el sujeto que hace existir la política no tiene ni más ni menos consistencia que el conjunto de operaciones y el campo de experiencia que ella designa. Las declaraciones de los derechos del hombre y los preámbulos de las constituciones, por ejemplo, son modos efectivos del aparecer del pueblo marcados por la fragilidad y la fugacidad. De lo que se trata es de extender ese poder creando casos de litigio de la diferencia del pueblo consigo mismo (Rancière, 1996).

Cuando se refiere al pueblo como capaz de poner en práctica un principio igualitario reclamando la parte de los sin parte, Rancière(2011)no tiene en mente cualquier figura. Hay figuras del pueblo y del populismo que invocan todo lo contrario de esta capacidad y se

muestran gestionados por el poder estatal: pueblo manada cuidado por buenos pastores, pueblo ignorante que los oligarcas mantienen a distancia, pueblo enemigo de los otros (racismo).

En ese punto preciso, coincide con Hardt y Negri (2002b) para quienes la figura contractual del pueblo como depositario de la soberanía no es otra cosa que una representación compuesta por las instituciones del Estado que hace de la multiplicidad una unidad regulada y administrada. Y también con el recelo de Badiou (2014) por toda definición del pueblo a partir de una identidad nacional oficiada por el Estado, que por definición excluye a otra parte.

Rancière considera que no toda manifestación colectiva, no toda ocupación de la calle, no toda protesta constituye una acción potencialmente emancipadora. Sólo cuando se trata de un movimiento fuerte de acción que encarna un poder que es de todos y de cualquiera, que toma partido por lo universal y no puede ser acaparado por ningún grupo, ni por la oligarquía, ni por la clase obrera, conforma una genuina acción política (Rancière y Laclau, 2015).

A contramano tanto de la idea de una multitud emergente del mundo de la producción como del esquema de la organización partidaria, se muestra a favor de subjetivaciones móviles, intermitentes y no identitarias. Ante la pregunta de cómo alcanzar entonces relaciones duraderas e instituciones estables de gestión democrática de lo común, Rancière no abraza una fórmula concreta pero lanza algunos indicios. En primer lugar, considera que la lucha por lo común no puede ser separada de la organización de lo común y que es un error grave subordinar la gestión de los problemas que afectan a la comunidad a una estrategia de toma y ocupación del poder. En segundo lugar, apunta que hay que reconocer y valorar en sí mismas las formas de contra-sociedad igualitarias (cooperativas de producción, formas de vida colectivas, etc.) que pueden establecerse en el seno mismo de la sociedad desigualitaria. En tercer lugar, en cuanto a las formas de organización que ese proceso requiere, indica que a los movimientos democráticos actuales les corresponde constituir “de la nada” el terreno de lo común (Rancière, 2014).

4. El dilema de la autonomía respecto del Estado

Si para los teóricos del populismo no puede haber una exterioridad total entre movimientos de lucha y Estado, salvo que se pretenda caer de lleno en la impotencia política, encontramos en Badiou un anti-estatismo virulento. La política no constituye un medio para

la toma del poder de Estado, tiene que poder existir por ella misma y marcar su desacuerdo y su independencia respecto de las diversas formas de violencia y omnipotencia estatal (Badiou, 2003; Badiou y Gauchet, 2015).

Rancière también se alinea entre las posturas antiestatistas. Si bien reconoce que hay un orden policial (término que reserva para las actividades estatales) menos bueno y uno mejor, incluso gentil y amable, que proporciona beneficios a los ciudadanos, y que el segundo es preferible al primero, esto no cambia su naturaleza, esto es, constituir un conjunto de mecanismos (que incluye la represión pero que la desborda y abarca desde las instituciones judiciales y sanitarias hasta las culturales) que distribuye los lugares y las funciones de los grupos y organiza el consentimiento (Rancière, 1996). La política –indica– no es el ejercicio del poder sino la manifestación del disenso y su tarea esencial es la configuración de su propio espacio y la visibilización de sus sujetos (Rancière, 1997).

Los derechos y libertades que se registran en el campo del Estado no son el efecto de la ciencia de los legisladores o de la gestión estatal sino de las fracturas producidas por la lógica igualitaria en ellos (Rancière, 1996). El principio igualitario por el que se define la política siempre se constituye como provocación al principio estatal confiscador del poder colectivo. Hay que defender –reclama Rancière– la autonomía de los movimientos respecto de las organizaciones partidarias y sindicales y del sistema estatal (Rancière y Laclau, 2015).

Como ya se señaló, Hardt y Negri sostienen que el Estado, aunque en retroceso frente al poder económico transnacional, sigue teniendo a cargo un proceso decisivo para la contención y el aislamiento de las luchas de resistencia: la transformación de la multitud, caracterizada por la diversidad, en un pueblo regulado y controlado.

A partir de Spinoza, Negri afirma que el contrapoder de la multitud y el poder constituido del imperio no son homologables y que es necesario que la estrategia de contrapoder no tenga como objetivo hacerse con el poder sino desarrollar una nueva potencia de vida, de organización y de producción (Negri, 2001a). Dotada de la capacidad de oponerse al imperio sin intermediarios, la multitud aspira a construir un contrapoder por fuera de las fuerzas del Estado y del capital.

Frente a la ambición neoliberal de privatización de lo común, la gestión y la regulación estatal no constituyen una verdadera alternativa (Hardt y Negri, 2009). Se trata, por el contrario, de construir un concepto de privacidad que en lugar de la propiedad privada

expresen la singularidad de las subjetividades sociales y un concepto de lo público basado en lo común y no en el control estatal (Hardt y Negri, 2004, 2009).

Como ya vimos, el pueblo al que se refiere Laclau (2007) conlleva una dimensión igualitaria, puesto que su propia emergencia resulta siempre de una privación o de una exclusión y constituye un reclamo al orden establecido, pero esto no lo coloca al margen del terreno del Estado democrático liberal y sus instituciones, pues no hay posibilidad alguna de constituir una voluntad popular y democrática sin la intervención de los mecanismos representativos.

Frente a los que defienden sus posibilidades, Badiou entiende que la democracia parlamentaria, con sus presuntos representantes políticos fusionados con los poderes económicos, con sus elecciones acordes al mantenimiento del orden establecido, con sus mecanismos de alternancia entre oponentes que no difieren en lo sustancial (la defensa de la propiedad privada opuesta al bien público), impide todo cambio político de magnitud. Esta democracia lejos de ser un terreno en el que se pueden desplegar oposiciones al capital tiene como esencia la competencia individual y la atomización del sujeto político que queda así identificado con el sujeto comprador-vendedor que comparece ante el mercado (Badiou y Gauchet, 2015).

Si el espacio estatal sólo deja a los ciudadanos el derecho de voto, la democracia parlamentaria no puede ser la vía para practicar una política de emancipación (Badiou, 2008b). Toda impugnación radical de la autoridad del capital pasa entonces por un cuestionamiento drástico del pluralismo democrático que no es sino un pluralismo de los matices, de las pequeñas diferencias toleradas por el capital (Badiou y Gauchet, 2015).

Esto no significa para Badiou que haya que abandonar la palabra democracia sino que hay que luchar por despegarla de su malversación capitalista y por reconocer su verdadera naturaleza como igualdad ante la Idea política. El comunismo, contrario a todo proyecto democrático representativo, es la única buena hipótesis para pensar una política de la emancipación (Badiou, 2008b).

Rancière, como Badiou, considera que la forma de democracia vigente en las sociedades contemporáneas, a la que denomina democracia consensual o posdemocracia, se caracteriza por su identificación absoluta con la gestión del capital y por conformar un régimen que avala el estado de cosas existente en el orden de las relaciones sociales produciendo la liquidación del pueblo como sujeto político perturbador (Rancière, 1996).

En discusión con Laclau, Rancière sostiene que en las posdemocracias el principio de representación está casi vacío, pues se encuentra privatizado por los poderes económicos y absorbido por el Estado (Rancière y Laclau, 2015). La democracia no es un conjunto de instituciones (Estado de derecho) ni un tipo de régimen entre otros (régimen parlamentario) sino que es una forma de existencia autónoma del pueblo (Rancière, 1996).

Hardt y Negri se suman de buen grado a la crítica de las democracias existentes, pues, como vimos, según ellos sus mecanismos de representación conducen a la producción de un pueblo Uno. Pero hay algo más. Esta democracia no sólo se encuentra limitada a funcionar como un momento de selección del miembro de la clase dominante que va a representar ilusoriamente al pueblo sino que se ha tornado irrealizable. El poder imperial y sus instituciones económicas supranacionales funcionan cada vez más completamente al margen de los mecanismos de representación popular y obstaculizan la definición de espacios políticos nacionales en los que sea posible representar al pueblo como soberano (Hardt y Negri, 2002b).

Esa crisis actual de la democracia –indican– es reconocida y denunciada por las multitudinarias protestas contra la globalización que en su diversidad reclaman una participación efectiva y una democracia construida desde abajo, resistiéndose a la corrupción de la democracia como rostro político del capitalismo o régimen de las élites burocráticas (Hardt y Negri, 2004).

De todas maneras, su planteo no es pesimista. La relación política de la soberanía se parece cada día más a la relación económica entre capital y trabajo, pues de la misma manera que el capital depende de la productividad del trabajo, la soberanía imperial precisa del consentimiento y de la productividad social de los gobernados. Los gobernados, aunque explotados, no pueden ser excluidos, pues si rechazaran la relación de poder el imperio se derrumbaría como un cuerpo sin vida (Hardt y Negri, 2004).

La salida no pasa por la vuelta al socialismo, al que consideran obsoleto (Negri, 2007), sino por la búsqueda de nuevas formas de democracia que no sean representativas o que bien impliquen nuevas formas de representación acordes a la multiplicidad de la multitud y a su naturaleza activa que no puede ser tratada como una masa fácil de manipular (Hardt y Negri, 2002b).

En concreto, no dudan en reivindicar la práctica y la teoría comunistas como movimiento de crítica radical de todo lo existente. A contramano de sus apropiaciones indebidas, Hardt

(2012) entiende el comunismo no como la exaltación del Estado sino como su abolición, no como supresión del disenso político y de la libertad de expresión sino como experimentación de formas de libertad y participación democrática inéditas en las sociedades contemporáneas.

5. Conclusiones

El abandono de la premisa marxista de un vínculo orgánico entre posición económica (de clase) y posición política (de clase), lejos de adoptar en la cartografía de las nuevas teorías críticas formas homogéneas, suscita el trazado de posiciones enfrentadas.

Por un lado, una apuesta fuerte por la autonomía de la política y de los sujetos que se conforman en ella y para ella. Ya sea que se lo defina como modo de subjetivación que querella la estructura social y el orden policial estatal (Rancière) o como efecto de un acontecimiento insumiso respecto de las clases, la economía o el aparato estatal (Badiou), el pueblo se perfila en sincronía con una acción política que sólo se puede pensar a partir de ella misma. En la misma senda, el pueblo de Laclau y Mouffe no se establece a partir de una alianza entre intereses de clases sino que resulta de una articulación enteramente político-discursiva que no reconoce ningún elemento de la estructura social como privilegiado a priori por encima de los demás⁵.

Respecto de esta suspensión de la importancia de las relaciones económicas cabe preguntarse si la crítica a la política como mera expresión formal y automática de unas relaciones económicas subyacentes no debería completarse con una crítica a la degradación de la economía a una esfera exenta de luchas y resistencias. Asimismo, la separación radical entre política (pura) y economía (pura), ¿no deja de lado la preocupación por la presencia constitutiva de las prácticas políticas e ideológicas en el seno mismo de las prácticas económicas? ¿Acaso existen relaciones de propiedad y de posesión puras? Y también, ¿no tiende, a pesar de sus buenas intenciones, a replicar los dispositivos

⁵ Entre las críticas más recurrentes a las tesis que sobre la emancipación formulan Rancière y Badiou, sobresalen las que destacan su carácter impreciso, su identificación de la política con actos extraordinarios y revolucionarios y su consecuente menosprecio por otras formas de luchas y resistencias, con lo cual adscribirían a una gigantomaquia esterilizadora de lo posible. También se les achaca que dejan impensada la cuestión del trabajo de reconstrucción social que debe realizarse para que la acción política excepcional deje su marca en la inercia propia del edificio social. Al esquema propuesto por Laclau y Mouffe se le suele reprochar -entre otras cosas- el excesivo peso de la dimensión discursiva en la construcción de las identidades políticas y la idea de que es posible un proyecto emancipador poniendo a funcionar el aparato democrático liberal existente.

neoliberales que despolitizan la economía y excluyen las luchas de clases de la esfera de la política?

Por otro lado, una posición para la cual el nuevo proletariado o multitud no necesita buscar fuera de su propio poder productivo los medios para constituirse en un sujeto político capaz de superar el momento insurreccional y oponer un proyecto constituyente contra el imperio.

Hay en esta empresa una subestimación de la práctica política, de su historia diferencial y de su lógica específica, pues a pesar de ciertas precauciones, queda reducida a una réplica de la economía: la política de la multitud se basa en que *ya hay* una comunidad de prácticas y deseos comunes inmersa en los meandros de la producción informatizada y en red. Cabe preguntarse aquí si no hay una confianza excesiva y contra fáctica en la tendencia a la unidad y en los deseos de resistencia de los conjuntos productivos que componen la multitud, esto es, si no subestima los efectos de individualización y atomización que generan en ellos los mecanismos de sujeción ideológica y las propias condiciones de trabajo, si no desprecia -como varios han señalado- los intereses contrapuestos que pueden encontrarse en el seno de la multitud. ¿Y si la tendencia de las grandes mayorías que componen el nuevo proletariado no apunta hacia la revolución del común sino hacia el consumismo individualista, hacia un conformismo apático y cínico o hacia una participación en movimientos de derecha? ¿Y si las resistencias tienen que ser elaboradas a partir de un trabajo intenso de crítica que consiste en ir contra la corriente de las percepciones ideológicas “espontáneas”?

En fin, el culto a la potencialidad de las masas y el consecuente menosprecio por la práctica política, ¿no se presenta acaso como el anverso del movimiento de autonomización de la política respecto de la economía? ¿No comparten ambas la ausencia de una reflexión seria sobre las formas de la relación recíproca entre economía y política? Al escindir la política de todo condicionamiento económico, ¿no se corre el riesgo de caer en la omnipotencia que las ideologías humanistas conceden al hombre político? Y al despreciar la lucha política e ideológica de masas como momento en que se traza una línea de demarcación entre adversarios y se gestiona la aglutinación de contradicciones antagónicas y no antagónicas, objetivas y subjetivas, de grupos sociales heterogéneos y con historias diferenciales, ¿no se corre el riesgo de esperar en vano un proceso automático de contagio?

En relación a la cuestión de la autonomía, cabe señalar que si bien sus propuestas de base contienen fuertes contrastes, los teóricos de la multitud coinciden con Badiou y Rancière en

una posición esencial del “campo de batalla” en que intervienen las nuevas teorías críticas: la práctica política, identificada de lleno con el horizonte de una ruptura emancipatoria, sólo tiene lugar allí donde se despliega por completo a distancia de los aparatos e instituciones del Estado.

La política está en las antípodas del Estado. Los movimientos de masas no pueden quedar entrampados en los diversos mecanismos que ponen en marcha las democracias parlamentarias o posdemocracias para capturarlos e institucionalizarlos pues sólo si actúan como fuerzas autónomas pueden generar nuevas y verdaderas formas de vida igualitaria.

Como telón de fondo de esta posición compartida, una concepción del Estado -que ciertamente recuerda la concepción marxista leninista- como maquinaria represiva e ideológica al servicio de la dominación del capital. La diferencia con el planteo leninista radica, claro está, en que ya no se trata de reunir fuerzas para atacar la fortaleza estatal sino de construir alternativas de contrapoder que le sean foráneas, que habiliten formas inéditas de organizaciones colectivas democráticas que no tengan relación alguna con el poder estatal, ni siquiera como objetivo u horizonte de las luchas.

Frente a esa defensa de una emancipación y unos sujetos políticos apostados al margen del Estado, los teóricos del populismo se resisten a abandonar el terreno del Estado democrático liberal, pues eso implicaría para ellos dejarle el campo libre a la derecha neoliberal. No es que la izquierda contemporánea deba abandonar el proyecto emancipatorio sino que debe pensarlo como momento interno de la democracia liberal.

Respecto de los movimientos populares, Laclau considera que las organizaciones no pueden estar por completo fuera del Estado, pues el resultado es la impotencia política, ni tampoco por completo en el terreno del Estado, situación que deriva en la fosilización. Toda práctica populista supone un trabajo de equilibrio, nunca cerrado, entre formas horizontales de expansión de las demandas y prácticas representativas y de integración vertical alrededor de ciertos centros hegemónicos.

La política populista lejos de tener un carácter de excepción y de remitir necesariamente a la constitución de sujetos emancipadores, designa toda práctica hegemónica que articula y unifica reivindicaciones heterogéneas. Las pequeñas luchas, las conquistas menores, los reclamos que se traducen en leyes, son tan propiamente políticas como las luchas que ponen en jaque el orden vigente. En otras palabras, si una política emancipadora tiene siempre una dimensión populista, no todo populismo tiene un contenido emancipador.

La concepción de Estado que subyace a esta segunda posición es la de un conjunto de ramas y funciones que no conforma un bloque monolítico sino que se caracteriza por relaciones contradictorias entre diferentes centros de poder. Con la excepción de las burocracias impuestas por la fuerza, el Estado es aquí un campo estratégico con múltiples antagonismos.

En un frente, el Estado aparece como un conjunto de aparatos impermeable a las luchas de las clases populares mientras que sólo resultan auténticamente políticas las luchas y los colectivos totalmente autónomos. Aquí cabría preguntarse si existe un exterior del Estado en el que reina la más absoluta pureza y si esta concepción no es el reverso de la creencia en el Estado como único y definitivo cerco de toda vida política.

En el otro frente, si bien se admite la presencia de focos de resistencia popular en el campo del Estado no se plantea la cuestión decisiva de la transformación de la materialidad institucional y de la política del Estado como momento necesario para que esa presencia (asimétrica respecto del bloque dominante) no termine en un mero gesto discursivo. Al mismo tiempo, desde esta posición resulta difícil pensar formas de democracia de base y de empoderamiento popular más allá del Estado parlamentario.

6. Referencias bibliográficas

Badiou, Alain (1999). *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires: Manantial.

Badiou, Alain (2003). "La política a distancia del Estado", *Acontecimiento*, N° 26, pp. 9-27.

Badiou, Alain (2008). *¿Qué representa el nombre de Sarkozy?* España : Ellago Ediciones.

Badiou, Alain (2014). "Veinticuatro notas sobre los usos de la palabra pueblo". En: Badiou, Alain; Bordieu, Pierre; Butler, Judith; Didi-Huberman, Georges; Khiari, Sadri; Rancière, Jacques. *¿Qué es un pueblo?* Buenos Aires: Eterna Cadencia (pp. 9-19).

Badiou, Alain y Gauchet, Marcel (2015). *¿Qué hacer? Diálogo sobre el comunismo, el capitalismo y el futuro de la democracia*. Buenos Aires: Edhasa.

Hardt, Michael (2012). *Entrevista con Michael Hardt: el comunismo es la crítica radical de todo lo que existe*. Colectivo editorial Praktyka Teoretyczna, recuperado de

<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=160762&titular=el-comunismo-es-la-cr%EDtica-radical-de-todo-lo-que-existe->

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2002a). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2002b). "La multitud contra el imperio". *Observatorio Social de América Latina*, N° 7 (pp. 160-165).

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2004). *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*. Barcelona: Debate.

Hardt, Michael y Negri, Antonio (2009). *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*. Barcelona: Akal.

Keucheyan, Razmig (2013). *Hemisferio izquierda. Un mapa de los nuevos pensamientos críticos*. España: Siglo XXI.

Inda, Graciela (2018). "Sujetos políticos y Estado en la geografía de las nuevas teorías críticas". *Revista Reflexiones*. Vol. 97. N°1 (pp. 53-64).

Inda, Graciela (2019). "De pueblos, multitudes y populismos: sujetos políticos y transformación social en las nuevas teorías críticas" (2019). En: Ferrari, Florencia y Galafassi, Guido (comp.). *Antagonismo, hegemonía y subjetividad*. Theomai libros y Extramuros ediciones (pp. 95-116).

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1985/2015). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.

Laclau, Ernesto (2004). "Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas". En: Butler, Judith; Laclau, Ernesto y Žižek, Slavoj. *Contingencia, hegemonía y universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: FCE (pp. 49-93).

Laclau, Ernesto (2007). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.

Laclau, Ernesto (2008). "El pueblo, lo popular y el populismo". En: AAVV, *I Ciclo de Seminarios Internacionales Pensando el mundo desde Bolivia*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Laclau, Ernesto (2009). "Laclau en debate: postmarxismo, populismo, multitud y acontecimiento (entrevista por Ricardo Camargo)", *Revista de ciencia política*, 29 (3), pp. 815-828.

Mouffe, Chantal (1999). *El regreso de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona, España: Paidós.

Mouffe, Chantal (2011). *En torno a lo político*. Buenos Aires, Argentina: FCE.

Mouffe, Chantal (2012). *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*. Buenos Aires: Gedisa.

Negri, Antonio (2001a). "Contrapoder". En: Fontana, Edgardo; Fontana, Natalia; Gago, Verónica y otros (comp.). *Contrapoder. Una introducción*. Buenos Aires: Ediciones de mano en mano (pp. 83-95).

Negri, Antonio (2007). *Goodbye Mr. Socialism: La crisis de la izquierda y los nuevos movimientos revolucionarios*. Barcelona: Paidós.

Rancière, Jacques (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Rancière, Jacques (1997). Onzethèses sur la politique. *Filozofskivestnik XVIII* (2). Recuperado de <https://ojs.zrc-sazu.si/filozofski-vestnik/article/view/3995/3704>

Rancière, Jacques (2010). *La noche de los proletarios*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Rancière, Jacques (2011). “*El inhallable populismo*”. En: Badiou, Alain; Bordieu, Pierre; Butler, Judith; Didi-Huberman, Georges; Khiari, Sadri; Ranciere, Jacques. *¿Qué es un pueblo?* Buenos Aires: Eterna Cadencia (pp. 119- 124).

Rancière, Jacques (2014). “Potencias y problemas de una política del 99%: entrevista con Jacques Rancière”, *eldiario.es*, 24/01/2014, recuperado de http://www.eldiario.es/interferencias/Ranciere-politica_del_99_6_221587865.html

Rancière, Jacques y Laclau, Ernesto: “*¿No nos representan? Discusión sobre Estado y Democracia*”, *eldiario.es*, 8/05/2015, recuperado de http://www.eldiario.es/interferencias/democracia-representacion-Laclau-Ranciere_6_385721454.html